

Freedom Press 127
London
Inflata de

LA CAMPANA DE PALO

Int. Instituut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

Periódico
Mensual
Bellas
Artes
y
Polémicas

Cavilla de Correo 218

N.º 14

BUENOS AIRES, ABRIL DE 1927

10 Cts.

La renuncia de varios miembros de "La Nación"

Sabemos de muy buena fuente que los más significativos redactores de «La Nación» y de una más grande autoridad intelectual, renunciaron a sus respectivos puestos en un acto de protesta por la injusta destitución del señor

Leumann, autor del desdichado o dichoso escrito «La Madre de Jesús».

Todavía no pudimos conocer todos los nombres de los renunciantes; pero se nos ha dicho que Alberto Gerchunoff, es uno de ellos.



AUTORETRATO - Jorge Chiriac

Y quizá, quien más ~~supa~~ influir con su verbo incisiva y chispeante en el ánimo de sus colegas para que adoptaran esa actitud, que por lo tardía, no es menos honrosa, ni menos valiente. Horacio Quiroga envió su adhesión moral al grupo renunciante.

Ya nos parecía imposible que la idiota medida tomada por el memo de Jorge Mitre contra el señor Leumann, en su genuflexiva contricción ante el arzobispo y también para salvaguardar los intereses comerciales de su empresa, no hallase su antídoto en la condigna respuesta de las almas viriles.

Han ganado en subidos quilates, para sus existencias y actividades de escritores, los que en un arranque de bella y noble indignación contra la mogigatería entronizada, tuvieron el valor de abandonar un sitio que los avergonzaba. Si, ganaron mucho más yéndose que quedándose.

Con ese gesto han merecido bien de la intelectualidad argentina y de la muchachada independiente, ya que ellos fueron quienes reaccionaron por los fueros de la libre expresión del pensamiento, y aun con más razón cuando un autor firma sus escritos.

Los consideramos que nos sugiera la hermosa acción de los renunciantes los haremos en otra oportunidad.

A los intelectuales

Romain Rolland, Henry Barbusse y Alberto Einstein, tres conciencias que supieron ver claro en medio del torbellino de la guerra mundial, hacen un llamado a los intelectuales.

Contra el fascismo que posee la fuerza material, es imperioso oponer la fuerza moral de los inteligentes.

Intelectuales americanos: Responded. Envidad vuestra adhesión.

He aquí el manifiesto:

«Después de ocho años corridos desde que terminó la conflagración, el estado de guerra continúa. Bajo la égida del fascismo, se ve por todas partes aplastar o amenazar las conquistas de la libertad, arrancadas durante siglos de sacrificios y de enarrazados esfuerzos: derechos de asociación, libertad de imprenta, libertad de opinión y hasta la conciencia misma son perseguidas. Ante esta quiebra del progreso, no podemos permanecer silenciosos por más tiempo. Pensamos que ha llegado el momento de pedir a todas las personas que ejercen en estos momentos alguna influencia intelectual y moral en el mundo, que se reúnan en un Comité destinado a luchar contra la ola de barbarie fascista.

En todos los países se desencadena más o menos abiertamente, pero cada día con más audacia criminal, el terror blanco que viola las poblaciones y los principios consagrados de la libertad individual.

Contra ese estado de cosas que multiplica los castigos rigurosos, los atentados, los crímenes inexcusables y que amenaza con arrastrar a las más odiosas eventualidades, la oposición pública de los hombres mundialmente admirados y respetados, levantará una barrera efectiva.

El simple hecho de la constitución de un Comité Internacional, tendrá una repercusión enorme sobre la opinión e incitará a las masas a manifestar su voluntad en el sentido verdadero de sus intereses y de sus destinos.

Esta iniciativa ejercerá también una presión saludable sobre los gobiernos que manifiestan por el fascismo una complacencia y una complicidad, tan inadmisibles la una como la otra. Esto no es todo. Diariamente nos llega de

(Continúa en la 3.ª página)

Acerca de algunas aventuras del espíritu (1)

¿Se puede decir que un objeto no existe cuando ya se le denominó? — HENRI POINCARÉ.



El barco al que le confiará esta carta también ha de llevarle las obras que me pidió que procurara. Es con gran alegría que cumplí esta misión; y antes de confiarlas al empaquetador he de leer esos doctos tratados, esos ensayos, esas memorias y discursos que muy pronto irán a ornar su soledad, y yo espero de ellas, lo mismo que usted, maravillas, pues lo sé hombre sereno y de sangre fría. Ya está el paquete terminado; y me apresuro a escribirle como si me faltara tiempo para mezclar una gota de vinagre en esas oleadas de néctar, o para injertar, en ese brillante ramillete, una sombría e inquietante pequeña flor de escrófula.

Le repito amigo mío, le sé hombre de sangre fría y capaz de apelar a su razón para no ceder jamás a la temerosa embriaguez de las ideas. Aunque ella llegara a rozarle, la soledad le protege. Los falsos dioses al faltarle los holocaustos, languidecen y mueren en el desierto.

¡Ay! no sucede lo mismo aquí; y por cada día que pasa voy sintiendo y percátandome que saber y sabiduría no son ni lejanamente sinónimos. Vivó en una sociedad compuesta por hombres extremadamente inteligentes, saturados de orgullo, y no obstante, desventurados a mis ojos. Los ídolos entre nosotros no carecen de víctimas. Al punto a que han llegado las cosas, les son necesarias verdaderas hecatombes.

La carga de la ciencia se nos ha hecho de tal modo pesada, que fué necesario distribuirla sobre numerosas espaldas para que pudiera caminar, de aquí y de allá, a lo largo de los siglos. Esta inevitable división, hubo de intervenir, no poco, en la derrota del saber.

Hace una cincuentena de años, como usted bien sabe, Auspasia fué agredida y cruelmente deshecha por una nación que, en esa época, había llevado al extremo la especialización de las tareas intelectuales.

Esa ruda lección hubo de ser aprovechada, le ruego creerme. Un viejo pueblo como el nuestro, atormentado por la pasión enciclopédica, se arrojó a cuerpo perdido a las antipodas de su genio. Desde hace medio siglo, la palabra de orden, entre nosotros, es: especialización. Se nos ha vedado, so pena de pasar por un peligroso dilettante, poseer luces sobre más de un punto del sistema universal.

Un número infinito de peones se abocó a esa faena. En verdad, son las polillas en un trozo de madera. Cada uno cava su agujero, cada uno trabaja en las profundidades de la noche. Acontere, de cuando en cuando, que dos corredores de esas minas se cruzan, pero sin poder esclarecerse mutuamente. En definitiva, cada uno se extenua y agoniza en un rincón del fondo de esa bolsa, como el zorro que es asfixiado por la humareda.

¿He de quejarme yo al ver multiplicarse los servidores de la inteligencia? No, por cierto. Sin embargo, el esfuerzo de la especialización impuéstole a espíritus, a memos, mediocres, los conduce a ese punto de tensión que su ciencia, endeble, agudizada, y de algún modo, asaz frágil, se encuentra bien pronto desprovista de toda conexión con el dominio moral. La inteligencia en ese juego pierde todo lo que posee de radiante, de divino. Si digo muy bien: se animaliza, se bestializa.

Usted pensará, amigo mío, que vengo de encender nuevamente una vieja querrela. Sin duda alguna, ¿por qué habría de ocultarlo? El pleito aún no ha sido enjuiciado y ningún testigo de buena fe deberá encontrar las puertas cerradas.

Durante la pasada guerra hubo de transcurrir un año en compañía de tres personas muy distinguidas, por sus méritos y por la aplicación de ellos, sobre el conflicto que entonces dividía la tierra. Uno era ese célebre Cresson cuyas operaciones matemáticas; multiplicaciones, raíces cuadradas, apasionaban entonces, y siguen aún apasionando el mundo intelectual. Las necesidades de la hora, y sin duda también su demonio familiar, le empujaban por la pendiente, y Cresson, había atado su genio a ciertos problemas económicos, cuya solución, según su decir, daría la llave del desorden universal. Ese extraordinario abarajador de cifras, ese dilettante de abstracciones poderosas había reducido la miseria de los hombres a un ingenioso sistema de ecuaciones. «El día—decía a menudo—que yo pueda hacer pasar el factor X al denominador, la guerra terminará virtualmente». ¡Ay! el factor X cambiaba frecuentemente de lugar, pero la guerra continuaba atormentando el mundo. En Cresson no podía hacer presa ninguna inquietud; el constante manejo de las cifras le inspiraba una tan grande confianza y se hallaba tan altamente colocada, que permanecía incólume ante el embate de los hechos. Y este intrépido economista—uno de los hombres más inteligentes que me fué posible conocer—

no dejaba de proseguir sus cálculos, que constituían las delicias de una élite ávida de precisión.

Otro de mis camaradas era Tournebize, el biólogo. Me lo encontraba a la mesa, ya que es solamente allí donde los especialistas intercambian sus puntos de vista.

—Poseo la inmejorable esperanza para creer que Mahoma morirá,—me decía restregándose las manos corroidas por las materias colorantes, pues Tournebize era un héroe a su manera. Mahoma tardaba en morir. Mahoma no era más que un inocente cochinito de India en el cual su supervivencia le servía para realizar toda una serie de experiencias.

—Si Mahoma muere pasado mañana antes del medio día,—me confiaba el biólogo—el fin de la guerra no es más que cuestión de horas. Había inventado no sé qué suero y contemplaba el destino del mundo a través de sus ampollitas.

—Paciencia... El tubo número tres empezó a precipitarse al partir de la séptima gofa...

Cuando por azar Cresson, dejaba caer ante nosotros algunas palabras sentenciosas sobre la inflación fiduciaria, Tournebize le respondía oponiéndole sus anticorpúsculos. Esos dos monstruos de inteligencia se entendían como podían hacerlo un iroqués y un papatúa, que no hablaban sino su lengua materna. Por lo demás, se despreciaban mutuamente, y no se dirigían la palabra sino en última instancia.

Levy Levallois era un artillero, un pirotécnico, el inventor de la *levatite*. Había escrito una voluminosa memoria para demostrar que era imposible, por lo menos en nuestro planeta, disparar una bala de cañón a una distancia mayor que cuarenta kilómetros. Un buen día el enemigo construyó un obús que enviaba sus proyectiles a unas treinta leguas. Hombre de conciencia Levy Levallois, revisó sus cálculos y convino que se había equivocado, quizá en un décimo de milímetro: todo error podía hacerlo suyo, pero ese error no afectaba la divinidad de sus cifras. Trabajaba en la confección de una pólvora de gran poder deflagrador sobre la cual fundaba todas sus esperanzas y que al lograr la fórmula perfecta, decidiría del triunfo de Auspasia. Para Levy Levallois todo se limitaba a una cuestión de calorías y de deflagraciones...

¿Qué más puedo decirle? Me veía también de tiempo en tiempo con el historiador que imputaba todas nuestras obligaciones a Temístocles y Masiusa. Veía a Fessier, el geógrafo, que le pedía a la hidrografía la solución de todos los problemas europeos. Me encontraba con Vermullen, el astrónomo, quien era un verdadero sabio, y que absorbido por los satélites de Mercurio, se desentendía de las congojas humanas, y nos miraba sin vernos.

Nada más punzante que contemplar con qué valerosa paciencia todos esos hombres eminentes se equivocaban. Nada más asombroso al comprobar su obstinación en no querer reconocer el sentido de sus errores. Nada más penoso, como la de esa ciega esperanza, que ellos depositan en sus falsas divinidades. Pensaba yo: «Vendrá, el hombre sensato que con sus manos robustas asirá a todos esos insensatos!» Mas luego, volvía a excogitar: «¡Ay, ay!... Ese semidiós no vendrá; el saber de los hombres no se halla ya a la medida de su corazón». Necesario es que la Humanidad se resuelva en arrastrar, como un tumor doloroso, esa formidable inteligencia, su suplicio y su gran castigo.

Acabo de leer las primeras páginas de esta carta. Carecen de serenidad. También puede ser que me aleje de mi primordial propósito. Al contarle nuestras cuitas, me volveré yo mismo quejumbroso?

Hay, amigo mío, dos clases de advenedizos: quienes siempre hablan de sus orígenes, y los que sobre ellos, no dicen una palabra. De la misma manera hay dos especies de orgullosos del espíritu: quienes exaltan, desmesuradamente el genio humano, y aquellos que no cesan de denigrarlo. Me sería sumamente placentero evitar uno, y otro exceso, y apreciar el hombre con tranquila moderación. No es mi costumbre buscar los héroes de mi corazón entre los glaciares o entre la roca de las cimas. Le concedo a la Humanidad una confianza tan débil como humilde y que se mueve en una atmósfera perfectamente respirable. El sabio no es, a mis ojos, aquel que posee la virtud milagrosa de prever la lluvia que caerá un mes antes sino aquel, que modestamente, confiesa que llueve cuando el chaparrón le mojó su manto. No se sonría usted: para aventurar tal confesión, se necesita mucha

probidad, bastante clarividencia y un real talento de observador. La verdad es casi siempre evidente; no la comprendemos ni cuando damos de narices con ella. Prever, ¿qué es sino simplemente el acto de ver? Los mejores profetas son aquellos que se cifian a desembrollar el presente. ¿Está deseando conocer adónde yo quiero llegar? Sea paciente amigo mío... Jamás como en este instante, mi objetivo se halló más cerca, ni fué tan claro. Lo abordó en ligero tono de chanza para, por lo menos, mezclar un poco de placer a tanta amargura.

Durante los años que se subsiguieron a la última gran guerra, se produjo en la juventud de mi país, una perturbación profunda y cuyo significado general me parece fué mal comprendido.

Adolescentes apenas egresados del colegio concertaron un golpe de mano contra el orden preestablecido en los dominios de las letras y de las artes, y para ser más precisos, digamos del espíritu. Hicieron aparecer a la luz pública, y con gran escándalo, folletos, en los que cada página constituía un deliberado atentado a la sintaxis, y asimismo a las más venerables reglas tipográficas. Llevaron a cabo reuniones públicas, organizaron representaciones teatrales y aun congresos durante los cuales manifestaron el vehemente deso de romper con las normas más elementales de la razón. A todas las disposiciones del sentido común, resolvieron contraponer la risa, la fantasía y la incongruencia. El grito de llamada fué tomado expresamente al vocabulario de la primera infancia, y si se prefiere, a la más desesperante senilidad. ¡DADA! ¡DADA! respondían ellos burlándose ante todas las jaculatorias de los magisters.

Los doctores tomaron muy a mal la insurrección de la juventud, y gritaron que era un escándalo, una anarquía y una ingratitude. Algunos fingieron burlarse; otros se deshicieron en gemidos y en maldiciones; otros aún se hicieron los sordos para disimular su angustia; otros en fin, que saben palnotear a los dioses que tienen sed, trataron de pactar con la revolución y prendieron de sus sombreros esas escarpelas movedizas que se las puede arrojar al arroyo, cuando al viento le dé por cambiar. Muy pocos, créame amigo mío, se esforzaron en reducir ese fenómeno a sus justas proporciones, buscándole una explicación razonable.

Y no obstante amigo mío, jamás una revuelta fué más legítima como la esta juventud yendo contra el sentido escolar. ¿Y qué? ¿Nosotros no hemos abierto nuestros ojos más que para asistir al derrumbe de esta civilización de la cual nos encarecís las bienandanzas y los méritos? El viejo mundo se tambalea en sus bases; de todas partes amenaza ruina. Las leyes que nos presentáis como modelos de sabiduría y de sólidos fundamentos, no son sino vanas e irrisorias. Todos los principios morales con los cuales nos pretendéis fortificar son violados todos los días por aquellos mismos que asumieron la misión de hacerlos respetar. Esa ciencia que a tanta cuenta tenéis y que se pretende imponernos, ¿acaso no tiene otro fin que el de inflamar el desorden? ¿Y esa razón, de la que os obstináis en inculcarnos las reglas, no es acaso la, misma que gobierna este mundo demente y criminal? ¿La tabla de valores que nos colocáis entre las manos, acaso desde el primer paso, no nos hizo zozobrar y nos traicionó? ¡Ah! Dejados tranquilos con esa pedante y temible estupidez que llamáis el orden de la razón. ¡Atrás, atrás! ¡DADA! ¡DADA!

Así pensaban, estoy seguro, los mejores de estos jóvenes. Pero su cólera era tan violenta y su desesperación tan grande, que tampoco querían reconocer ningún móvil a su furia iconoclasta, y hasta llegarían a rechazar la razón de sus gestos, por el mismo horror que le tenían a la palabra razón. La verdad, amigo mío, he ahí una curiosa aventura. Pero de qué manera se le presenta simple y natural al hombre de buena fe. ¡Ah, doctores! Os reísteis, gritasteis, amenazasteis y negociasteis... ¡Malos maestros!, interrogad vuestra conciencia y puede ser que experimentéis una ansiosa simpatía por esa juventud atormentada.

En lo que a usted se refiere, consérvese tranquilo: la tempestad se aleja. La mayor parte de esos rebeldes comprendieron que, para in-

(Continuación de la 1.ª página)

Italia, de España, de Polonia, de los Balcanes, —de todas partes—el eco de los crímenes y de los incontables atentados fascistas. Las medidas de represalias privan de los medios de subsistencia a multitud de ciudadanos valerosos. Una miseria atroz castiga a ciertas clases debido a la existencia de la dictadura y la reacción fascistas. Una de las primeras tareas del Comité será la de tender la mano a esas víctimas y estudiar la posibilidad de aliviar sus necesidades.

Una vez constituido el Comité, al margen de todo partido político, únicamente sobre la base de un plan en favor de la justicia, de la razón, del progreso democrático en peligro, el mismo decidirá por qué medios realizará su noble misión.

Es pues, una adhesión de principios la que pedimos a cada uno de aquellos a quienes dirigimos este llamado. —Pdo.: *Romain Rolland, Henry Barbusse, Alberto Einstein*.

Las adhesiones pueden enviarse a Henry Barbusse, Miramar para Théoule (Alpes Maritimes), Francia.

fundirle vigor y eficacia a sus requisitorias, les tenía a cuenta expresarse en lenguaje común. Sin embargo, esa crisis posee un sentido—todas las cosas tienen su sentido—y traerá sus consecuencias, pues todas las cosas llevan en sí sus consecuencias. Nuestra literatura conservará por largo tiempo los vestigios, así como rastros de ceniza, de esa amargura y de esos resentimientos.

Un día del pasado verano, me paseaba sobre una vasta meseta de una de las más bellas provincias agrícolas de este país. El paisaje tenía ese aspecto simple y sobrio que influye en el espíritu para inducirlo a la reflexión, a un rudo examen de conciencia, a las confesiones, más que a las efusiones. Una porción tan grande de cielo. ¡Una armonía tan austera! El trazo valeroso de las rutas que iban sin hesitar de un punto a otro. Y de un rato a otro, como un ejemplo y una advertencia, la caída vertical de una alondra que se desplomaba desde una abrasada nube.

Me paseaba en compañía de un poeta, a quien estimó y quiero sobre todos los demás, y discurríamos de los hombres y de las estaciones.

—¡Ah, yo no sé nada, soy un ignorante!—me dijo súbitamente mi amigo. —Los hombres han dividido el mundo espiritual como las potencias políticas se dividieron el imperio terrestre. Cada uno posee su colonia, su mina, su campo, y lo explota con astucia y pasión. Yo nada recibí, ni nada he tomado. Me paseo por los caminos que son de todos y no conducen a lugar ninguno. Me paseo con las manos vacías y la nariz al aire. Miro con admiración a toda esa gente que sabe tantas cosas. Nada sé mirar de lo que miran esos que saben. Y no obstante, tengo lectores, fervientes amigos, un auditorio. Mis canciones son esperadas, como la verdad, y repetidas de boca en boca. Época asombrosa esta.

Yo gusto de esa confesión. Su acento de humildad tiene algo de vengador. El hecho que la inteligencia suprema del mundo, en esa hora turbia, se le escapa a los que son sus titulares patentados, es lo que me infunde confianza y me complace. Que ella se refugie en un poeta, ahí lo que me encanta y me conforta.

Yo ya no creo en los milagros, amigo mío, y usted me dispensará que esta noche no le exponga las causas. Pero hay momentos, en los que el milagro me parece no debe ser otra cosa que un desquite del buen sentido. La historia, a veces más bella que la leyenda, nos narra cómo una simple pastora en otros tiempos salvó a un reino, que los políticos y los soldados habían arrastrado a un grado increíble de bancarota y de ignominia. La pastora, usted no lo ignorará, fué quemada en una plaza pública, después rehabilitada, beatificada, canonizada y no sé cuántas cosas más. Librada a los trágicos de los fariseos, su memoria sufrió todas las alteraciones propias de los dialécticos del clan. ¡Esto, qué importa!: el hecho existe. Gusto de evocarlo, gusto restituírle la luz pura y natural que permite comprenderlo de una manera sana.

Usted me creerá sin dificultad, si le aseguro que en las horas, las más gráficas de angustia y de desorden, jamás grité «DADA» en las plazas, ni en los salones de te. He contemplado, sin embargo, sin cólera, sin ironía, y sí con un poco de tristeza, los actores de esa *jaquerie* intelectual. De ningún modo los odié, ni tampoco los alenté con una sonrisa, ni con una señal de mi dedo meñique: supe comprenderlos demasiado. Pero volviendo a pensar en las causas verdaderas de esa insurrección intelectual, a veces, he extrañado los tiempos de los milagros.

El mundo que es conducido por viejos especialistas, ha desterrado para siempre el genio. No existe ya más esperanza de que la sabiduría vuela para sorocer el saber. Pero la inspiración guarda aún sus privilegios. Me ha acontecido que, rechazando por amor a la razón todos los falsos semblantes de la razón, anhelo que una pastora tomase sobre sí los cuidados del Estado, que un niño fuese quien ejerciese la justicia, y que un poeta hiciese maravillosos descubrimientos científicos.

(Continuará)

GEORGE DUHAMEL.—(Lettres au Patagon)



J O R G E D E C H I R I C O

CONOCIMOS, precaria y sumariamente a este impresionante pintor italiano, a través de unas reproducciones de sus cuadros publicadas por la fenecida revista «Il Primato». Lo que vimos allí, en esas estampas blancas y negras, nos cautivó en seguida en lo que había de delicadeza y austeridad constructiva al evocar el ambiente límpido de las antiguas ciudades italianas. Acostumbrados a la fuerza a columbrar la esencia de las cosas del arte en los modestos grabados de las obras maestras, al contemplar los paisajes urbanos de

dedicaba a su compatriota el pintor, cuando ambos se hallaban en París. Helas ahí:

«Hay que figurarse a este pintor, quien abrasado por las búsquedas cada vez más azarosas que llamean en esta ciudad, el crisol del genio mundial, continúa pintando con la calma y la aplicación de un antiguo maestro solitario, algo así como un Paolo Uccello, enamorado de la divina perspectiva, y ajeno e insensible a todo lo que no sea la belleza geométrica.»

Escribí el nombre de Paolo Uccello, sin la menor intención de establecer una semejanza esencial. Giorgio de Chirico es sobre todo y absolutamente moderno, y si la geometría, así como los efectos de la perspectiva son los elementos principales de su arte, son sus ordinarios medios de expresión y de emoción de su obra, ella no se parece a ninguna obra antigua o moderna que pueda ser integrada por tales elementos.

La pintura de de Chirico, no es la pintura en el sentido que hoy se le da a esta palabra. Se la podría definir como una escritura de sueños. Mediante la fuga casi infinita de arcadas, de fachadas y de grandes líneas paralelas; mediante masas inanes de colores simples, compuestos de claros y oscuros casi fúnebres, logra expresar ese sentido de vastedad, de soledad, de éxtasis, que a veces producen ciertos espectáculos reflejos, que se hallan al estado de recuerdo en nuestra alma semidor-

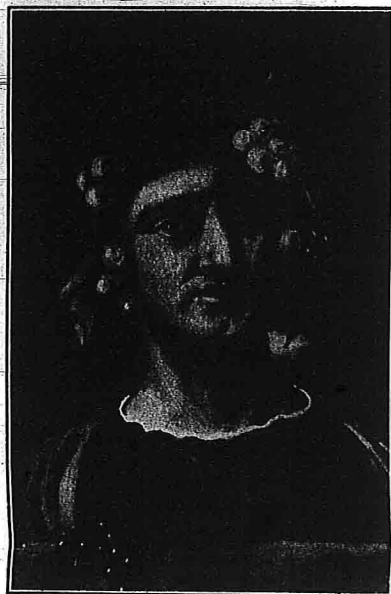
mida. Giorgio de Chirico expresa, como jamás lo hizo nadie, la melancolía patética del fenecer de un bello día en alguna antigua ciudad italiana, donde al fondo de una plaza solitaria, más allá del escenario de los porches y de los monumentos del pasado, se mueve un tren despidiendo bocanadas de humo y etc.»

Por lo transcripto del pintor y escritor italiano, nuestros lectores podrán formarse una idea aproximada de lo que es y representa en el actual momento la pintura mal llamada metafísica de de Chirico.

Las reproducciones que se publican aquí nos las facilitó graciosamente un pintor, ampliamente informado sobre el movimiento artístico de Italia. Ellas nos exhiben al artista en una faz decorativa inesperada para nosotros. Hay una materia más concreta, más objetiva por decirlo así; pero existe también la impresionante voluntad de construir, de completar un todo en un mundo orgánico, en una obra de severa gravedad, en la que lucha para infundirle la mayor suma de su espíritu.

Uno de los ejemplos más evidentes de lo que decimos es su autorretrato. De Chirico pudo cambiar de procedimiento, inclinándose a una pintura menos abstracta; pero sus calidades de espíritu se transluce siempre más o menos victoriosamente.

Digamos por último que el autor retornó a su primitiva modalidad metafísica.



«Dios-Baco»

de Chirico nos sentíamos sumergir en una quieta atmósfera poética. Era un extramundo, un mundo aparte regido por las leyes que emanaban armoniosamente de su seno.

Con razón y sin razón barruntábamos vagamente entonces que esa pintura era la resultante de un gran espíritu, quien experimentaba una rara delectación en encerrar sus ensueños en el molde estricto y armonioso de una sabia geometrización. Gustaba doblegarse en una forma severa para que ellas—sus ensueños—cobraran más potencia. Aprendimos a conocerle aún mejor en un estudio sobre la bottega antigua, publicado también en «Il Primato». De este trabajo quedó resonando en nuestra memoria, este gran grito: *Nessuno per correre, nessuno per consigliare, per dettare una legge, stabilire un principio.* Comprendimos claramente que nos hallábamos frente a una personalidad artística que del ejercicio del arte poseía un concepto casi religioso. Le respetábamos con un respeto impregnado de admiración.

Esas son las vagas sensaciones que en este instante podemos concretar, de aquella fuerte impresión que nos produjo la colección de grabados, vistos por los años 1917 ó 1918. Lo queríamos apenas conociéndole fragmentaria y a medias, sin que jamás pudiéramos completar su total conocimiento. Carecimos de oportunidad, y a veces de dinero, para adquirir una buena monografía ilustrada de su obra. Pero su recuerdo siempre nos acompañó y fué sobrenadando en la vasta marea del futurismo italiano de cuya escuela van salvándose tres o cuatro nombres, de plásticos y de escritores.

Años después nos cayó en las manos un libro de Ardengo Soffici, «Scoperte e Massacri», y nos proporcionó un verdadero alegrón al encontrar estas líneas que el polígrafo italiano



Orestes y Electra

A PROPOSITO DEL CENTENARIO DE BEETHOVEN

Por JUAN C. PAZ



humano, y lo que es humano no cabe dentro de una teoría, siempre convencional.

Hay que decirles cien veces a estos «dilettanti» de la crítica, que en simple y último caso, todo se reduce a la calidad e intensidad de la emoción; cuando ésta es netamente individual, a modo de exposición del «yo» que se analiza, se canta o se exalta, surge el lirismo; y cuando la emoción obedece a sentimientos generales, da origen al arte dramático.

Así, pues, ambas manifestaciones tienen poderosas razones de ser, no se excluyen sino que se complementan, y es completamente absurdo pretender el dominio del «arte colectivo» sobre el otro, el «piramento lírico».

El cronista, ignorando cosas tan requeteadidas, parece un empacho socialoide-americanista que lo lleva a creer que la «religiosidad del momento» es la suprema finalidad del arte.

Esa «religiosidad del momento», que él llama «nacionalismo», cosa transitoria, nada tiene que ver con la fuerza religiosa, perflurable a través de los siglos, que emana de la obra de arte cuando la emoción que la inspira es elemental y profunda.

Pero si desgraciada es la teoría que sustenta nuestro ilustre esteta, no son muy afortunados los ejemplos de «Boris Godounov» y de «Noces», pues con ellos nos apartamos de la música propiamente dicha, para entrar en el Drama Musical y el Mimodrama, géneros artísticos en que la música es solamente un personaje secundario, pues debe atenerse a comentar el plan literario; si no, imaginense Vds. una audición de ambas obras sin escena, y luego hablárenos.

Y por último, llegamos al postrer afán del distinguido cronista de «La Prensa».

Como a los artistas de América, por ser esta tierra eminentemente democrática, les toca según él continuar el camino iniciado por la IX Sinfonía, continuamos dándonos de narices con el consabido nacionalismo, apoteosis de la idiotéz. Porque si bien esos artistas deben inspirarse en «los paisajes de América» y en «las luchas, dolores y alegrías de los hombres que la habitan», deben realizar sus inspiraciones basándose en el Cancionero popular.

Muy bonito como teoría, pero impracticable por razones étnicas.

Somos un pueblo nuevo, carente de aspiraciones colectivas, de «nacionalismo», por no ser una raza definida; tributarios de Europa, lo seremos por mucho tiempo aún, y recién cuando hayan transcurrido muchos años y se haya fundido las diferentes razas que contribuyen a formar el sudamericano en general, entonces podrá hablarse de folklore, que sólo ha tenido razón de ser en países habitados por razas bien definidas y con ideas y sentimientos comunes,

y que, en la persona de sus artistas representativos cantó esos ideales y esos sentimientos. Claro está que para entonces se habrán olvidado las estúpidas melopeas autóctonas que hoy aguantamos, exponentes de una raza concluida que nada tiene que ver con nuestro actual modo de sentir y de pensar.

Y para que nada faltara a la vulgarización de Beethoven, he ahí, en «La Nación», un estudio estético (!) de las Sonatas de piano hecho por el eminente José Ojeda, el mismo a quien Williams tenía a sueldo para que lo revenciara en sus críticas. He aquí el «caso»:

«Estudio estético»: léase: «máscano libre»; en vez de hablar de la cosa en sí, se habla de su historia y de lo que sugiere; método muy en boga desde que la vulgarización tomó carta de ciudadanía por obra y gracia de los tiempos democráticos; método usado a diario por los guías de museo.

Así pues, Ojeda, cuya «pose» y corpulencia indican algo fuera de lo común (el demogio sabe porqué), no es más que un humilde homónimo de los humildes guías de museo.

Pero hablemos de dicho «estudio estético», donde junto a diversas manifestaciones de su talento y erudición aparecen estas dos joyas, que deslumbran por su magnitud:

«La Marcha fúnebre a la muerte de un héroe» sólo tiene la grandeza sonriente de un funeral de teatro». (Sin comentario correcto posible).

En la Sonata op. 90 «nada puede llamarnos a encontrar que la forma y técnica de la pieza haya sido por un instante la intención de Beethoven». Pero sin embargo, señor mío, es una sonata. Si la idea del Maestro estaba lejos de la construcción de la obra, y sobre todo en el segundo movimiento, verdadero modelo de Rondó beethoveniano, ¿quiere decir acaso que fué resuelta por pura casualidad?; el plan de la obra nos dice lo contrario.

Estas innegables muestras de... erudición, aparecen lo suficientemente adornadas de frases sentimentales a modo de trampolines poéticos, usados como taparrabo de la ignorancia. Así «los abrazos», «los suspiros», «los gemidos», «el tierno cariño», «la pasión furiosa», «el veneno de desesperanza», «el vino de la madurez del espíritu», los peces de colores y las alpargatas del rey que rabió, suplen la falta del pudor necesario, que obliga a callar cuando no se tiene nada que decir. Verdad es que entonces nuestro hombre estaría siempre mudo. Ese «método estético», literatilde y banal, del cual Maclair es digno portaestandarte, es bastante eficaz para cursos de inconsciencia, y no necesitamos recomendarlo pues cuenta ya con numerosos adeptos, componentes de ese inmenso Reino de los Ciegos, donde el Tuerto es rey.

JUAN CARLOS PAZ

LEA: Exposición de la actual Poesía Argentina, por P. J. Vignale y César Tiempo. Libro que enseña el movimiento total de la poesía argentina más inmediata.

El cronista que oficia de pontífice del nacionalismo musical en «La Prensa», se ocupó, como es natural, del centenario del Maestro, y como es natural también, confundió Religiosidad con nacionalismo; habla de la supremacía del ideal democrático en el arte, y se luce como acostumbra a hacerlo.

Pioch ha escrito un folleto sobre Beethoven, que sería bueno si no fuera por lo limitado de su visión, netamente socialista; esto, que es estúpido y banal, muy digno de figurar en la literatura habitual de la Casa del Pueblo, parece haber empachado al cronista, que lo ha aprovechado, en cuanto le ha convenido... para salirnos con su nacionalismo de opereta, que en su equivalente político, al fin y al cabo, no está muy lejos de la mediocridad socialista. pues, influenciado por Pioch, comienza por advertirnos que antes de Beethoven, la música, que era aristocrática, se limitaba a ser «una amable charla sonora»; nada más cierto, y ahí están como ejemplo evidente, Victoria, Palestrina, Haëndel y Juan Sebastián Bach... ¡muy digna opinión de quien se deleita oyendo la «Vidala» de López Buchardo o el «Yacaró» de Schiumma, modelo acabado de folklorismo pucinciano!

Con Beethoven, continúa el eminente esteta, los derechos del hombre, proclamados en 1789, toman carta de ciudadanía en la Música; y esta tendencia social del arte, apenas iniciada, queda trunca por la muerte del Maestro, el que sólo nos lega, en ese orden de cosas, la IX Sinfonía, «única obra suya que ofrece aún fecundo campo de acción a los compositores contemporáneos».

Y a los últimos Cuartetos y Sonatas, cumbres del lirismo, que los parta un rayo, claro está, pues no responden a la definición de «arte colectivo»; ¿por qué eso de «único campo de acción»?; ¿por qué afirmar la supremacía del «arte colectivo» (más propiamente Arte dramático), sobre el puramente lírico e individual? «Boris Godounov», de Moursowsky, y «Noces», de Strawinsky, son los únicos modelos (según el cronista), que por hoy se acercan a ese ideal de «arte colectivo» y «nacional» que no pudieron alcanzar los Románticos.

¿De dónde salió eso de «nacional»?; el lector no lo sabe, ni yo tampoco, pero convenía para preparar la continuación del artículo, y sin más ni más hizo surgir la complicidad de Beethoven en el arte nacionalista, cosa que, bien mirado, era lo único que nos faltaba.

Eso, ante todo; y luego, ¿es verdad lo que dice de los Románticos?; ¿acaso el lirismo de un Schumann no es profundamente humano?; ¿y el «Requiem» de Brahms, y algunas de las grandes obras de Franck? ¿Qué mequinas parecen aquí esas definiciones de «arte colectivo» o de arte no-colectivo! El arte es, ante todo,

MUSICA

Es para indignarse.

Ahora resulta que ni los fabricantes de música cursilonga y sentimental destinada a que otro la firme, conocen su oficio.

Como es sabido, el año pasado debió estrenarse en el Colón la ópera (o lo que sea) «Crystantème», firmada por R. Peagan del Sar, estreno que no pudo llevarse a cabo porque dichos fabricantes habían equivocado la escritura de los instrumentos transpositores.

Es de esperar que este año esos imprudentes señores tengan más cuidado y no descuiden la trasposición de tonalidades dado que el autor

no podría corregir ese defecto, pues la cosa sería tan incomprensible para él como el sánscrito, el hebreo, el guarany o el soñeo.

§

En sus notables conferencias del Teatro Cervantes sobre Beethoven, verdaderos modelos de eso que saben Vds., De la Guardia dijo que, habiendo sido el Maestro muy desgraciado en los dos grandes amores de su vida, se «fecundaba» con su sobrino.

¡Por Dios y la Virgen María, distinguido esteta, haga Vd. ironía con cosas menos sagradas! Y decimos ironía, porque preferimos

crear en una humorada suya y no en un ataque de crónica estupidéz.



GEORG BRANDES



El 19 de febrero de 1927 murió Georg Brandes en una clínica de Copenhague, a la edad de 85 años. La causa de la muerte fue una formación cancerosa en los intestinos, contra la cual se demostró ineficaz una operación. Brandes era el danés más famoso del presente; realmente nadie le sigue en su gloria; lo que nos ha quedado en grandes nombres no tiene un verdadero contacto con Europa. Brandes era europeo y eso fue lo que sus adversarios le echaron en cara como un insulto. Habitó más de cinco años en Berlín en el destierro, porque, como judío errante de la crítica, había lesionado a los partidarios satisfechos del nacionalismo. Apareció como una tempestad en Dinamarca al mismo tiempo que Luis Pío, el que creó en el país el primer movimiento socialista; era como si dos águilas evolucionaran sobre los bosques y despertasen a todas las aves. Pío murió en América, sin haber visto la caricatura que llegó a ser el movimiento obrero después de su fuga forzada a través del Atlántico. Brandes volvió e impuso su reconocimiento; durante treinta años vivió de las pocas donaciones que reunían para él algunos amigos acomodados; después le dió el gobierno tras fuerte resistencia un título de profesor con 6.000 coronas de sueldo al año, y el rey agregó algunas órdenes que Brandes no usó nunca. Una vez, por consideraciones de cortesía, tuvo que hacer una visita a Federico VIII y agradecerle por la «Cruz de comando de segunda clase», y cuando el rey le preguntó lo que pensaba de su nueva orden, respondió Brandes irónicamente: «Sí, majestad, me alegro de haber llegado a ser por fin algo de segunda clase».

¿En qué consistía la significación de ese hombre? Para Europa consistía en haber participado en la lucha contra la gran Internacional de la estupidez europea. Como crítico no sólo descubrió nuevos talentos: fue también un defensor de los pueblos oprimidos y anatematizó la guerra mundial y sus fautores. Para nosotros, los daneses, Brandes era la unión con lo mejor que vivía aún en la Europa decadente. Como Luis Pío, fue la unión con la Comuna de París de 1871, Georg Brandes fue el eco de todos los movimientos revolucionarios, o mejor dicho antiautoritarios después de la caída de la Comuna. Sin embargo, no creía en la realización de las revoluciones; sólo creía en una cosa: en la infinitud de la estupidez humana. Brandes fue consecuentemente negativo. Cuando los trabajadores de Copenhague, después de la partida de Pío, fueron a verle y le rogaron que fuese su jefe, se echó a reír. ¡El no era en manera alguna social-demócrata!... Cuando escribió el prólogo para la traducción de las Memorias de Kropotkin, no era anarquista. Y cuando tuvo una contienda periodística con el filósofo Hoeffding, terminó su asalto a toda filosofía con estas palabras: «No sabemos nada, absolutamente nada». Pero así no se puede reunir ningún ejército; Brandes no fue nunca jefe de rebato.

En el único en Dinamarca de esos que en este país no hay muchos. La mayoría, se sumerge en el partidismo, de que él se mantuvo siempre distanciado. Le gustaba compararse con el fuego. «Yo, por lo que a mí se refiere, soy en todas partes fuego». El fuego purifica, decía, consume lo que hay que consumir. Pero ante todo era la autoridad la que debía ser consumida, y al respecto era claro para él que no quería ser nunca una autoridad. Pero su valor como indi-

viduo lo reconocía. Se le preguntó una vez por qué no viajaba por el país y pronunciaba conferencias para los obreros y campesinos. No me entenderían, decía. «Yo soy maestro de los que enseñan». Una frase orgullosa, pero no había nadie que riera de ella, pues sabía decirlo de modo que sonara legítimamente.

Caracterizaba su ser también como *resistencia*. Ciertamente, resistía al Estado, pero resistía también a la autoridad creciente de la democracia. Los elementos políticos progresivos no representaban a sus ojos más que «la irracionalidad humana supuesta como idealismo». Descubrió a Nietzsche antes que se tuviera en Alemania una idea de la significación de ese hombre, y expuso la teoría que un pueblo es la obra de la naturaleza, creado para producir cinco o seis grandes hombres. En sus dos últimos libros presenta a Jesús como una figura legendaria. Sin embargo, si la misión del pueblo no fuese mayor que la que suponía Brandes, él mismo, muchos años antes de escribir «La leyenda de Jesús», habría sido llevado a la hoguera.

Se ha hablado de brandesismo. Pero esa es una palabra mentirosa que se emplea en la lucha contra él, pues no deja tras sí ningún partido, ningún cortejo, ni siquiera una camarilla. Cuando se recogieron entre los estudiantes daneses firmas para una misiva a Brandes en ocasión de su 85 cumpleaños, el 1 de febrero, poco antes de su muerte, después del gran esfuerzo se recogieron algunos centenares de firmas, una cifra ridícula, pues para cualquier político mediocre se recogen millares de firmas; pero por otra parte hay un pequeño número suficiente para el hombre que en las filas de los números no creyó nunca más que en el Uno.

En sus últimos dos años escribió en «Socialdemokraten», donde atacó de firme la pobreza espiritual. No obstante menospreciaba ese periódico y a sus jefes, y para él no era más que una tribuna que se le había ofrecido y que aceptó sin preocuparse de lo que contenía. Pero se pensará seguramente: «Si ese hombre hubiese ido al pueblo y lo hubiese elevado hacia él?»

Cuando Georg Brandes fue incinerado no sonó ninguna campana. No se pronunció sobre el ningún discurso de paz, al contrario se continuó la lucha en torno a él. Para muchos daneses, sea dicho para vergüenza nuestra, era el *Antieristo*. Una vez se hizo eco bromeando de esa simpleza: «Si, dijo, yo soy el mismo, viejo Lucifer, el portador de luz en la aurora». Para nuestro pequeño pueblo era justamente lo que está ligado al fuego y a la resistencia: una «aurora». Por desgracia, hay muchos que no se levantan lo suficientemente temprano para verla.

Kopenhague. J. J. ISEN

TEATRO LIBRE

UN grupo de escritores y artistas jóvenes, ha fundado un *Teatro Libre*, institución cuya necesidad se hacía sentir entre nosotros, donde el arte teatral es quien más ha descendido en manos de los fabricantes de obras con fines exclusivamente comerciales.

El *Teatro Libre* representará obras nacionales y extranjeras. Sin otro fin que el de formar un núcleo aparte del vasto emporio comercial en que se ha convertido nuestro teatro, desea que todos los hombres de buena voluntad le presten su cooperación.

Su comité directivo compuesto de hombres jóvenes, desvinculados de intereses subalternos, desea que los escritores sanos, cuya única finalidad es la de realizar arte, aporten sus obras.

Se han Impreso 50 ejemplares en papel especial para la venta, numerados de 101 a 150.

Constituyen este comité directivo: Octavio Palazzolo, Abraham Vigo, Leónidas Barletta, Guillermo Facio Hébequer, Elías Castelnuovo, Juan Guinjarro y Alvaro Yunque.

He aquí su declaración inicial: «Hasta el presente, el teatro nacional ha vivido casi ajeno a todo propósito de arte y renovación. Los movimientos innovadores que dieron impulso vivificante al teatro europeo y que han tenido, en países como Rusia, su más alta expresión, apenas si han motivado entre nosotros el interés del comentario periodístico, inconsistente y fugaz, y una que otra manifestación aislada, nacida al calor de una finalidad existista y de servil imitación. Nuestro teatro—damos a este concepto una extensión continental—excepto la contribución vigorosa de un par de espíritus francamente revolucionarios que le dieron categoría intelectual en ya lejana época, sólo existe como industria lucrativa y provechosa. No representa nuestra intelectualidad, ni es siquiera exponente de las inquietudes espirituales de ninguna generación. Para la juventud mentalmente sana y honestamente inspirada, el teatro nacional no existe, porque vivió y vive, regido por un fin comercial, ajeno a toda manifestación de arte y a todo ideal.

Frente a ese estado de indiferencia, por cuanto significan ideas fundamentalmente renovadoras; en presencia de la perversión y relajamiento que caracteriza a nuestro teatro, cuya obra, huérfana de toda intención artística, contribuye a desorientar y envenenar el gusto del público, se impone la creación de un teatro independiente, que desarrolle su acción libre de toda traba, y desvinculado en absoluto de lo que constituye hoy el teatro oficial. Por consiguiente, los que suscriben esta declaración, dan por constituida la agrupación *Teatro Libre*, cuyas finalidades inmediatas serán:

- a) Utilizar el concurso de un grupo de escritores, pintores e intérpretes, que aspiren a la formación de un nuevo teatro, y a quienes les preocupen más los intereses artísticos que los inmediatos;
- b) Celebrar periódicamente representaciones teatrales o temporadas estables, cuando lo permitan sus recursos, con obras, intérpretes y material escénico de los que adhieran a los fines del *Teatro Libre*, incluyendo las obras extranjeras, que caractericen un movimiento renovador;
- c) Proceder de inmediato a una agitación previa, utilizando la tribuna pública, para divulgar los principios y propósitos del *Teatro Libre*; y
- d) Declarar órgano oficial de la institución a la revista «Claridad».

Dará el *Teatro Libre* su primera representación, con la tragedia en tres actos «En nombre de Cristo», de Elías Castelnuovo, con decoraciones cubistas de los señores Vigo y Hébequer.

Traducido por Atalaya, aparecerá próximamente editado por la Biblioteca MAIA "Teatro del Pueblo" por Román Rolland.

Hemos abolido la esclavitud sin haber resuelto el problema del trabajo. Legalmente, no hay esclavos, pero de hecho los hay. Mientras que la mayoría de los hombres no sea libre, no podrá concebirse el hombre libre, como tampoco será posible realizarlo.

AMIEL

NOTAS PURGATIVAS

Otro intelectual!

EDUARDO Barrios, escritor chileno que con *Un Perdido* destacó una fuerte personalidad de novelista, acaba de hacer el elogio del tiranuelo Ibáñez, militarote que se ha adueñado del país. Otro intelectual que defecional con su adhesión pública, Eduardo Barrios se asegura el puesto de Director de Bibliotecas, aunque pierde el qué tenía en la estimación de quienes lo admiraban. Bien es cierto que esta, la estimación, no se percibe todos los fines de mes en una buena cantidad de conductores...

Lamentable espectáculo el de la intelectualidad del mundo entero! Frente a la reacción que trajo la guerra, los intelectuales han permanecido indiferentes los menos, o se han puesto a su servicio los más. Aquellos que se han enfrentado a ella, Croce, Bracco, Unamuno, Rolland, Barbusse, forman una minoría desalentadora. Los intelectuales italianos, sobre todo, casi en masa, han subido al tablado fascista, a besar la mano ensangrentada del Duce Mussolini. La cobardía, gusano voraz que se refugiaba en sus estómagos, se les ha subido al cerebro; y ahora segrega tinta: páginas y páginas de periódicos y libros donde se defiende todo lo arcaico y lo injusto, donde se niegan las más costosas conquistas de la conciencia humana! ¿Qué vergüenza la del intelectualismo mundial en esta crisis de la libertad, en el siglo XX!

Allí donde se empine un dictador, aparecen a los pies de sus botas, una turbanulta sumisa de intelectuales a ofrecerle sus lomos y sus plumas: Ya es el caso de interrogarse si esta casta de los intelectuales, no constituye una de las taras de la «civilización» en Occidente. Ahora, sobre Chile, se endreza Ibáñez, caricatura de esa caricatura que es Primo de Rivera. ¡Y el mejor novelista del pobre país hermano, se tira a sus patas, de rodillas! ¿Qué nos produce esto? ¿Vergüenza? ¿Indignación? ¿Pena? ¿Tristeza? No sabemos qué. ¡Ya estamos tan habituados a ver repetirse, casi diariamente, esa tragicómica escena!

Para Eduardo Barrios: Recuerde esto de nuestro terrible y altivo viejo Almacuerpo: «Lo que se gana con sudores de puidonor, se disfruta a cuatro patas».

ALVARO YUNQUE

Justicia e injusticia

QUIEN es el hombre justo, justo de toda justicia, y así suele aparecer en todos los momentos y trances de su vida? Deberíase encender nuevamente la linterna de Diógenes para hallar esa única perla negra de la Humanidad. Nosotros no renunciamos a perseguir ni de acercarnos a ese movible mito, a ese cambiante ideal, que es la suprema parra los hombres. Pero no se nos venga con esa sideral monserga del *hombre justo* para plantárnoslo de ejemplo. El hombre por su naturaleza, tan deleznable y escupidiza, jamás fué justo, ni lo será jamás.

Entre la pululación de tantos hombres justos por aproximación o por solapada conveniencia o hipocresía, preferimos parecer injustos, y serlo rotundamente cuando hay necesidad de reivindicar otra injusticia mayor que la nuestra. Porque, comprendase bien; todos, absolutamente todos, somos injustos, con mayores y menores alcances, con más o menos saña, con una porción más o menos grande de deshonestidad, con peor o mejor intención, o también por cobarde aqiescencia. Desde milenios una injusticia combate constantemente contra otra injusticia. Como todos los valores subjetivos, la justicia, altera sus intrínsecos elementos, cam-

En el próximo número publicaremos una carta de Petorutti

biando de color y calidad, según el clima y la latitud donde se halla y se ejerza. ¡La justicia en Africa, en China, y para un chino y un africano es la misma que la de un francés en Francia y la de un inglés en Inglaterra? No, por cierto.

Pero no deseábamos resbalarnos por esta pendiente pseudo-filosofante. Tampoco se crea que tratamos de entretenernos haciendo un malabarismo de palabras o jugar a las paradojas. Sólo quisimos ofrecernos una verdad rebosante de salud—como lo es el denominador común del concepto de justicia—para examinarlo desde un punto de vista ligeramente inusual, y quizá también—para aplicarlo a casos corrientes.

¿A nuestro ambiente? ¿A nosotros? Generalicemos, señores. ¿No le bastará, cuando alguien o nosotros—cabalgando de injusto lo sea desnudamente con cándida franqueza, con limpieza de fines, afrontando desde la más ínfima hasta la más grande responsabilidad que le puede acarrear esa actitud, a veces no exenta de una evidente valentía moral? Parece que a mucha, a muchísima gente, no le basta. Tal vez no le satisfaga verlo aparecer como injusto declarado y verdadero y no como un justo encubierto, hipócrita y fementido...

¿Sábese por qué? Porque casi todos pueden evanescerse en usar la piel del león. La piel de ese mitológico hombre justo; pero no les complacerá mucho rugir auténticamente como esa fiera, ni meterse a obrar como se presupone obraría ese ente mitológico.

Dijámoslo de una vez, en un verdadero exabrupto de sinceridad: si surgiera desde cualquier esquina del universo aquel monstruo de toda justicia, todos, absolutamente todos, no perderíamos tiempo en apalearle; y si no le crucificaríamos—porque eso ya huele a trasnochado romanticismo—le electrojugaríamos en la oscuridad y en el secreto de una celda.

Repitamos: no es verdaderamente justo, quien está convencido a marchamartillo de serlo, sino aquel que, a través de sus probables o reales injusticias, se angustia para alcanzar una justicia ideal.

Campo de Agramante

Buenos Aires, 12 de Abril de 1927.

Señor Presidente de la Sociedad de Artistas Argentinos, doctor Benito A. Nazar Anchorena. Presente.

Acuso recibo de la nota de Vd. de fecha 8 de los corrientes, en que me comunica el deseo de la Sociedad de su digna presidencia, de conocer el dictamen de la Comisión Nacional de Bellas Artes sobre reorganización de la enseñanza artística para colaborar en dicha obra, que juzgan de trascendencia; y al mismo tiempo, manifiestan Vds. su creencia de que los miembros natos de la Comisión Nacional no están capacitados para la tarea que, por decreto de 21 de febrero, se les ha encomendado: Invertiré el orden de las cuestiones planteadas por esa Sociedad para contestarlas debidamente.

Ni el suscripto ni el Excmo. Señor Presidente de la Nación pueden aceptar la descalificación que Vds. hacen de los «miembros natos» (?) de la Comisión Nacional de Bellas Artes para asesorar al Gobierno en materia de enseñanza artística, pues como docentes, como artistas y como ciudadanos, han merecido siempre la merecida consideración pública aunque

puedan ser discutidas las orientaciones o técnicas de cada uno de ellos. No puede afirmarse que sean responsables del «estado desastroso de las bellas artes en el país», porque tal estado es un exceso pesimista e injustificado de Vds. frente al despertar vigoroso de actividades múltiples del arte nacional, que no han contrariado y sí estimulado, en la medida de sus fuerzas, la Comisión Nacional y el Poder Ejecutivo; porque la organización de la enseñanza artística adecuada a las exigencias del presente y del futuro no es una cuestión de resorte puramente técnico y administrativo, sino también de carácter legislativo, en cuanto es el H. Congreso el que crea los institutos y fija, anualmente, los recursos para su sostenimiento; y porque ha sido la Comisión Nacional de Bellas Artes reorganizada por decreto de 11 de diciembre de 1921, la que ilustrada y tesoneramente ha venido pidiendo al Poder Ejecutivo y al H. Congreso una reforma de los estudios artísticos mediante un plan que, en general, ha merecido respetuosa consideración, pues las fórmulas propuestas y, en parte, aceptadas, no han determinado observaciones que llegaran a conocimiento del P. E.

Quizá esa Sociedad de Artistas Argentinos no conoce bien la forma cómo está constituida la Comisión Nacional de Bellas Artes y que, en concepto del Poder Ejecutivo, responde a las condiciones intelectuales, estéticas y éticas que garanticen su función de asesoramiento y por eso le adjunto copia del decreto aludido.

En cuanto al conocimiento que Vds. solicitan del dictamen de la Comisión Nacional de Bellas Artes, sobre reorganización de la enseñanza de su incumbencia, me complazco en significarles que no habrá ningún inconveniente, pues se dará al asunto la publicidad necesaria para oír todo juicio o sugestión ilustrado y sereno, ya que el Poder Ejecutivo se propone hoy como siempre—resolver una importante cuestión de gobierno y no un mero asunto personal o de detalle burocrático.

Saludo al Señor Presidente con mi consideración distinguida.

(Firmado): Antonio Sagarna

EN este «Campo de Agramante», sitio adecuado para las riñas y la reyerta comaril de las vanidades encontradas y de los puntillos de amor propio exarcebados, caben perfectamente la nota del Ministro de Justicia e Instrucción Pública, y la carta renuncia de un profesor de A. N. de B. A., y pintor Cayetano Domis.

Esta misiva del ministro, atropellada y masacullada a la buena de Dios, nos da a entender que hemos de vérnoslas con un señor extremadamente vanidoso y con unas pretensiones de saber, un tanto en desproporción a su calibre intelectual. Cree que el cargo hace al sabio... Desgraciadamente nos ofrece el espectáculo de un bicho rabioso que, al pisarle la cola—el puntillo del amor propio—se revuelve furioso para silbar, picar y macanear. Tan desafortada descompostura en un sabihondo ministro de Instrucción Pública, si nos parece impropia, según los cánones de una prehistórica cortesía intelectual, nos resulta hasta simpática. Pintoresca, sobre todo.

Desde luego, tratándose de un ministro, retiramos eso de bicho rabioso, que silba y pica; pero no el macaneo. ¡Perdón, señor! Nos dejamos arrastrar involuntariamente por el graficismo metafórico.

Hagamos entonces caso omiso del atropellamiento epistolar del señor ministro de Justicia,

PRO-SACCO-VANZETTI Boicot a la producción yanqui

Apareció a la venta "Zogoibi" novela Aporecista. Pídalo en quioscos y librerías

y detengámonos en la seriedad, en la suficiencia—(¿asnal?)—con que discurre de la cosa artística de este país y de los métodos educativos que la rigen. Sobre la marcha de los mismos hace afirmaciones rotundas e inconcebibles. Y esto es peligroso y grave. Además, esta entelequia estatal, conjuntamente con el aduar de pintores y doctores burocratas que le asesoran y le rodean, se toma en serio, lo de proteger, estimular «las actividades múltiples del arte nacional». O más llanamente; proteger al arte, colocándolo a la vergonzosa altura de una infancia desvalida cualquiera. ¡Ustedes los fósiles, los bomberos del estado de la cosa artística oficial, protegiendo a la más pura esencia de la humanidad, a su parcela más íntima e inalienable? El excelente señor incurre en un crasísimo error. Padece la misma ilusión del niño sentado en el coche del ferrocarril, quien aferrado al asiento trata de empujarlo, y cree que el tren marcha al impulso de sus manecitas.

Respecto al arte de este país, señor ministro de Justicia, usted se halla metafóricamente ubicado en la actitud del párvulo que cree empujar y nada empuja...

No se fie de los vértigos que producen los altos cargos, créanos usted, en cuestiones artísticas *nada empuja*. En muchas ocasiones perdió la feliz oportunidad de callarse, emitiendo juicios extraoficiales sobre artistas y obras de arte, que le pusieron en ridículo entre los entendidos y hasta entre los profanos. Por favor no hable. No se traicione. No haga lo del asno de la fábula. Lleve en silencio su piel de león. Al lado suyo, Asnorio Salino, era una catedral de discreción. Para él el arte era una zona prohibida. Se negaba meterse en ella. Es la actitud más sabia, y quién sabe la más protectora que debería asumir un ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Supongamos su buena fe respecto a la presunta protección del arte; pero su aduar de pintores burocratas, ¿le acompañarán con la misma buena fe? Ellos, quienes hace más de veinte años trinchaban a su antojo la res artística, demostraron que, si fingidamente depusieron su fe en esa ilusoria protección, fué porque les rentó pingües beneficios, amén de erigirse en alter ego y capataces del feudo del arte argentino. Son los détritns de la mediocridad artística y docente.

Extraiga, exprima si puede de este détritns un solo artista que encarne el jefe espiritual, que sea un verdadero maestro de amplias miras: capaz de aleccionar la juventud con sus enseñanzas estéticas y éticas, arrastrándola en pos de sí en una vía de bella y noble renovación.

Pero usted, para labrar esa bella y noble renovación, se contenta y se regodea con el lugar horrorosamente común, representado por aquellos que como *docentes, como artistas y como ciudadanos (?)*, han merecido siempre la *consideración pública*.

Deseamos que Dios le guarde por muchos años a esos tan artistas, tan ciudadanos, tan docentes, y se los conserve para consuelo de su vejez. Adiós, señor ministro de Justicia, que descanse bien.

P. D.—No hemos de comentar la mentada reforma sobre la enseñanza de las bellas artes, porque nos atrevimos a descalificar, y casi a descalabrar los que intentan aplicarla. Aunque todos estamos en el secreto: esa reforma es la nada quintaesenciada.

§

Buenos Aires, 15 de Abril de 1927.

Señor Presidente de la Sociedad de Artistas Argentinos, Dr. Don Benito A. Nazar Anchorena.

Señor Presidente:

Al aceptar sumamente complacido la gentil invitación que Vd. en nombre de la Sociedad de Artistas Argentinos me hiciera en su atta.

DIA Y NOCHE

Más de 15.000 máquinas de escribir vendidas por nosotros, prestan servicios infatigablemente.

Compre Vd. una y será otro satisfecho

Casa Iturrat

CASAS Y GIAMBIAGI

LAVALLE 1182

U. T. 0813, MAYO

fecha 12 de Abril de 1926, lo hice teniendo en cuenta el plan enunciado en el art. 2.º de los Estatutos, de «fomentar el arte y custodiar y defender los intereses morales y materiales de los Artistas Argentinos».

Este noble propósito fué desvirtuado en la asamblea del día 31 de Marzo. En la citada reunión se resolvió elevar una nota a S. E. el Sr. Ministro de Justicia e Instrucción Pública, la cual contiene manifestaciones apasionadas respecto a la labor meritoria realizada por artistas cuya dedicación, honradez, caballerosidad y elevación de miras es bien conocida y apreciada por todas aquellas personas, que como el que ésta suscribe, juzgan de los méritos de cada uno de ellos sin apasionamiento y con conocimiento de causa. Como artista argentino y como profesor de la Academia Nacional de Bellas Artes, protesto, señor Presidente, ante la actitud adoptada por la Sociedad, cuya orientación ha sido encaminada hacia finalidades distintas a las que motivaron su fundación. No puedo por consiguiente seguir formando parte de la misma y menos hacerme solidario de las resoluciones adoptadas por sus miembros, en cuanto ataca a personas e instituciones dignas de todo mi respeto. Por tales motivos presento al Sr. Presidente la renuncia indeclinable de mi cargo como miembro de la «Sociedad de Artistas Argentinos».

Saludo al señor Presidente con mi más distinguida consideración.

(Firmado): Cayetano Donnis

§

Es una curiosa pieza la carta-renuncia del profesor de la A. N. de B. A. señor Donnis. ¿Presenta su renuncia porque fué desvirtuado un noble propósito? ¿Cuál es ese noble propósito? Parece que está contenido en el art. 2.º y reza así: «Fomentar el arte y custodiar y defender los intereses morales y materiales de los artistas argentinos». Noble, según desde el punto de vista que se le contemple. Más bien se asemeja a una ley proteccionista.

Pero hablemos claro. Donnis no renuncia porque se haya violado ningún noble propósito. Renunció porque vio fantasmas listos a violarle la despesa.

De haber sido más llano, más veraz consigo mismo y los artistas tienen la imperiosa obligación de serlo—su renuncia no nos hubiera parecido como nos parece ahora—el grito de un estómago agradecido en solidaridad con los años que lo cecaban.

quien tuvo la curiosa ocurrencia de pagar su suscripción.

Serapio Gonzalo.—Su carta parece demostrar que al pagar cinco pesos por la *Acción* de nuestra editorial pagó una exorbitancia. ¿Qué pretende, señor mío, un grabado de Holbein o de Dürero por cinco pesos? Una *Acción* que le da derecho a dos folletos, de nuestra primera y segunda edición; y de yapa le regala un grabado de nuestro insigne grabador que cubre su retirada con el pseudónimo bárbaro Ret-Sellawaj, ¿no le basta todavía? ¿Querrá además, el indio y el tigre, ese tigre que para encontrarlo hay que zaramandar toda la arena del desierto? Conténtese, criatura de Dios; o le tiramos por la cabeza esa pseudónimo bárbaro.

VALORACIONES.—*Revista de Humanidades, Crítica y Polémica.*—60. N.º 628.—*La Plata.*

DER STURM.—*Director: H. Walden. Postdammertrasse 138, Berlín.*

INDEX.—*Periodico mensile.*—*Via Vignonesi 8.—Roma 4.*

PARTISAN.—103.—*Rue de Vaugirard. París VI.*

LES CAHIERS D'AUJOURD'HUI—27. *Quay de Grenelle.—París. (XVe).*

LE ARTI PLASTICHE.—*Via Brera 7. Milán.—Italia.*

REPERTORIO AMERICANO.—*Apartado Lettera X.—José de Costa Rica, C. A.*

AMAUTA.—*La más viriente revista peruana. Suscribese.—Casilla 2107. Lima, Perú.*

"ROMA"

Compañía Italo-Argentina
de seguros generales,

BARTOLOMÉ MITRE 459
U. T.: 33, AVENIDA 2523

Capital totalmente suscripto:
Un millón de pesos moneda nacional

E. Leidi, Porta y Cia

IMPORTADOR

Pinturería en general

TALLER DE MARCOS

C. T. 2400, Central—U. T. 4859-38 Mayo

ALSINA 1677-79

Los suscriptores pueden pedir directamente el folleto recién aparecido, a Casilla Correo 218